



CAPÍTULO VIII

La santa Casa de Nazaret.

I

AL pensar en la santa Casa de Nazaret, se nos escapa un suspiro de amor, y exclamamos con David: ¡Oh cuán amables son tus moradas, Señor de los ejércitos! Mi alma suspira y padece deliquios, ansiando entrar en los atrios del Señor. Mi corazón y mi cuerpo se transportan de gozo, contemplando al Dios vivo. El pajarillo halló un hueco donde guarecerse, y nido halló la tórtola donde poner sus polluelos.— Tus altares, oh Señor de los ejércitos, oh Rey mío y Dios mío. Dichosos los que moran en tu casa: te alabarán por los siglos de los siglos... Más vale pasar un solo día en los atrios de tu Templo, que millares fuera de ellos. He escogido ser el ínfimo en la Casa de Dios, antes que habitar en la morada de los pecadores (1).

(1) Psalm. LXXXIII, 2-5, 11.

En la santa Casa de Nazaret, no buscamos al Señor que es terrible á las potestades, sino al precioso y delicado Niño que ha vuelto del destierro en compañía de sus santos Padres. Buscamos al que descendió del cielo, y se hizo nuestro hermano á fin de hacernos hijos adoptivos del Padre celestial. Ese Niño es el encanto de Dios, y es todo el amor de nuestras almas.

En esa Casa sagrada buscamos á la más santa y hermosa de todas las criaturas, la que es nuestra Madre amorosísima, esperanza y consuelo de los hombres, por medio de la cual recibimos las gracias del Señor.

Buscamos, en fin, al castísimo Esposo de María y Padre putativo de Jesús.

¿Quién nos abrirá la puerta para entrar en esa mansión de gloria donde reinan la paz y la justicia, donde mora el Hijo del Eterno y su Madre divina? ¿quién sino José que es el jefe de esa santa Familia, escogido por Dios para ese honrosísimo cargo, que no alcanzó ningún otro mortal? Abranos, pues, el castísimo Patriarca la puerta de su santa Casa, y llévenos á los pies de Jesús y de María.

Estamos ya en la morada de Dios.

Entrando en mi casa, decía Salomón, hallaré en la sabiduría mi reposo; porque ni su conversación tiene rastro de amargura, ni causa tedio su trato, sino antes bien consuelo y alegría. Considerando estas cosas y revolviendo en mi corazón cómo en la unión con la sabiduría se halla la inmortalidad, y un santo placer en su amistad, é inagotables te-

soros en las obras de sus manos, y la prudencia en conversar con ella, y grande gloria en participar de sus razonamientos, andaba por doquiera buscando cómo apropiármela (1).—Entrando en la casa de José hallaremos la Sabiduría que con tanto empeño buscaba Salomón; Sabiduría que se hizo hombre por nosotros, y que es el Hijo verdadero de la más pura de todas las vírgenes. Está junto á esta dichosísima Señora, está junto á su Padre putativo... Contemplemos un instante ese grupo encantador.

El Niño, entre todos los hijos de los hombres es el más hermoso, ¡qué mirar es el suyo tan dulce y amable! Sus ojos derraman una luz más apacible y más pura que la luz del cielo; y la sonrisa de sus labios, purísima y santa, cautiva nuestras almas. Todo El respira amor, según la expresión de la Esposa; y es tanta la bondad de su corazón dulcísimo, que atrae con una suavidad incomparable, y rinde á sus pies aun á los más indignos de su afecto.

¿Y qué diremos de su Madre amabilísima que con mirada más pura que la de los ángeles, le contempla con celestial delicia, y con una dicha que no es de este mundo?

El castísimo Patriarca, siempre humilde, baja sus miradas, en el recogimiento más profundo de su espíritu, piensa en Jesús y en María. En Jesús que es el Criador del cielo y de la tierra, que es el Hijo Unigénito de Dios, que quiso hacerse Niño,

(1) VIII, 16-18.

y ser llamado hijo de José. Piensa en María que es la Esposa inmaculada del Espíritu divino. ¡Cuántas maravillas y grandezas brillan en la casa del santísimo Patriarca! En ella ha escondido Dios nuestro Señor sus más ricos y espléndidos tesoros; y entregó las llaves de esa casa al Esposo de María y Padre putativo de Jesús.

La casa de Nazaret. ¿Qué hace en ella el Hijo del Eterno, nuestro hermano querido, el divino Jesús? ¿Qué hacen en ella sus santísimos padres? Respondan á estas preguntas las altísimas virtudes practicadas por esa santa Familia. La atmósfera que reina en esa mansión de gloria, en esa casa bendita, está embalsamada con la fragancia de todas las gracias y de todos los dones del Espíritu santo. A la casa de Dios corresponde la santidad; mas ¡qué santidad la de esa morada de que hablamos! las obras de virtud practicadas en la misma, fueron siempre excelentísimas; y fueron practicadas por el Hijo de Dios y por las más perfectas de todas las criaturas. Esas virtudes convertían el Santuario de Nazaret en paraíso de delicias celestiales; y el Padre divino que tiene sus eternas complacencias en su Hijo Unigénito Nuestro Señor Jesucristo, al contemplar las bellísimas flores de ese paraíso y al sentir su delicada y suavísima fragancia, hablando nuestro humano y pobre lenguaje, pudo decir estas palabras: El olor de mi Hijo es como el de un campo florido á quien he colmado de bendiciones (1). Y con la suavísima

(1) Gen., XXVII, 27.

fragancia de las virtudes de Jesús, se elevaban juntamente hasta el trono del Eterno, las virtudes de María y José.

Registremos una por una las estancias de la casa sagrada de José; reina en todas ellas la santa pobreza que vino al mundo con el Hijo de Dios. No está cubierto el pavimento con alfombras de seda ni están las paredes ricamente tapizadas; sus muebles son escasos y humildes; y en una palabra todo el ajuar de la casa era muy pobre. Así tenía que ser, porque era la morada del que después tendría que decir: Las raposas tienen madrigueras, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza (1).

Oh vosotros los cristianos á quienes ha favorecido la fortuna, y que vivís en espléndidos palacios, resplandecientes de oro y de marfil, entrad en la casa en que vivió el Señor y comparadla con las vuestras. No habrá, por ventura, comodidad que no os procuréis, ni tal vez caprichos que no satisfagáis; y sin embargo, sois los hijos de un Dios que vivió en la pobreza. Por lo demás no olvidéis estas palabras del divino Maestro: ¡Ay de vosotros los ricos! porque ya tenéis vuestro consuelo en este mundo (2).

¿Queréis recibir vuestro consuelo en la patria celestial? Pensad con frecuencia en la santa Casa de Nazaret, y disminuíd, siquiera un poco, el lujo que reina en vuestras casas, y emplead esos aho-

(1) Matth., VIII, 20.

(2) Luc., VI, 24.

rrros en socorrer á los pobres; y vuestras limosnas os recibirán en las moradas eternas.

La humildad, la obediencia y la oración, inseparables compañeras de la santa Familia, resplandecen con hermosura y celestial encanto en la casa de José. La adornan y engalanan con sus gracias; ¿por qué no decimos que en vez de prestar esos servicios, allí se encuentran á fin de recibir de la santa Familia las gracias y el encanto que á cada una corresponden? No vienen á enseñar sino á ser enseñadas, ni á repartir sus tesoros, sino á enriquecerse con los del Niño Jesús, de su santa Madre y de José.

Brilla la humildad en el Hijo de Dios con un carácter que podemos llamar distintivo, y que expresó san Pablo con estas palabras: *Exinanivit semetipsum*. En María la humildad se presenta llena de sumisión y de dulzura; y en José con la veneración más profunda y en un recogimiento que jamás le abandona. Esos tres caracteres de la santa humildad se entrelazan, se unen, y cual si fueran uno solo, se elevan hasta Dios, y son la ofrenda sacratísima y agradable á los ojos del Eterno que le presenta la más santa y perfecta de todas las familias, la Familia del santísimo Patriarca.

La humildad en el Hijo de Dios, llena de asombro y suspende á la más levantada inteligencia. Ese Hijo de Dios está sentado á la diestra del Padre en lo más elevado de los cielos. El Padre dice á sus ángeles: Adoradle; y los ángeles le adoran, y cantan sin cesar su gloria y su poder, su majestad soberana y su infinita grandeza. Y ese Hijo de

Dios, en todo semejante, fuera del pecado, á los demás hijos de los hombres, se ocupa en los más humildes quehaceres de su casa, y sirve, humilde y rendido, á sus santos padres.

¡Oh cuánto es el amor de Dios á sus criaturas! Le hace ocultar su infinita grandeza y el brillo de su majestad. Sólo el amor puede explicarnos los santos excesos de la humildad de Jesucristo. Está junto al Hijo de Dios su Madre divina, no únicamente porque el amor la tiene allí, sino además porque quiere aprender la humildad de Jesucristo; y ya que su Hijo santísimo quiere anonadarse, Ella se rinde á sus pies y se llama su esclava que tiene corazón de madre, corazón más dulce que la miel, suavísimo cual ninguno ha sido; por esto, al humillarse, rebotan del seno de María la sumisión y la dulzura, cual ricos manantiales de bondad y gracia. Se humilla, se rinde, mas siempre lo hace con los sentimientos de una esclava; y este nombre lo lleva siempre en el alma, y sale de sus labios virginales para alegrar el corazón de Dios, y á fin de llenar de confianza á los que somos hijos de la esclava del Señor.

Patriarca sacratísimo, ¿qué diremos de tu amable y preciosa humildad?—A la vista de Jesús y de María aparece José como mudo de asombro. No leemos en el Evangelio ni una sola de sus santísimas palabras. Absorto en Dios, atento siempre á sus divinas órdenes para cumplirlas, en él no había lugar para otra cosa. Es un instrumento de Dios que lo mueve á cada instante según su santa voluntad. No pidáis al instrumento la razón de lo

que hace; pedidla á quien le mueve. Ciertamente que José era libre y tenía que responder de todas sus acciones; pero su libertad se rendía gustosa á las órdenes del cielo; y Dios le dirigía en todas sus acciones, sin hallar en el santo Patriarca la menor resistencia. Mas el que no hablaba con los hombres, dirigía á Dios estas palabras: Señor, ¿qué queréis que haga? Enseñadme á cumplir vuestra voluntad, pues Vos sois mi Dios (1). Mas pronunciaba estas palabras lleno de veneración y de respeto y penetrado de un temor profundo. ¿Qué era él ante la majestad infinita del Señor? y ¿cómo no tenerse por polvo y ceniza ante el Ser de los seres, el único Dios verdadero, dignísimo de toda gloria, y de la bendición y la alabanza de todas las criaturas?

Contempla nuestro amado Santo la humildad del Hijo de Dios y de su Madre divina, y queda fuera de sí mismo; y busca una sima, la más profunda de todas para hundirse en ella á fin de conocer, en cuanto pueda, lo que es la criatura respecto del Criador; lo que es él mismo, colmado de tantas gracias y misericordias por la bondad infinita del Eterno; y su humildad entonces, tan grande y profunda, se desvanece ante sus ojos; y por esto quiere humillarse más y más, y humillarse sin medida alguna; porque sólo Dios es la vida, es la grandeza, el único ser que subsiste por Sí mismo; y en su presencia son como si no existiesen todas las criaturas. Tal se nos presenta la

(1) Act., IX, 6.—Psalm. CXLII, 10.

humildad de José, que sin cesar estaba oyendo la enseñanza de Jesús y de María sobre esta excelentísima virtud. ¿Quién hubiera podido aprovecharse de aquella divina enseñanza, con tan elevada perfección como lo hizo el santísimo Patriarca? Bendito sea el Señor que enriqueció el alma de José con todos los tesoros de la santa humildad.

II

El ángel de la oración, mejor, el Rey de los ángeles, moraba siempre en la casa de José.

En la oración reconocemos la grandeza infinita de Dios, y la bendicimos y adoramos, y le damos gracias por su gloria inmutable y eterna; reconocemos nuestra gran miseria, la nada que somos y la absoluta dependencia que tenemos del que es nuestro Criador; conversamos con El con humilde y amorosa confianza y le pedimos sus misericordias. Todo esto practicaba en Nazaret el santísimo Patriarca. Era su fe purísima y tan firme, que nada podía quebrantarla. Así lo demostró cuando el ángel le dijo: Lo que ha nacido del seno de María es obra del Espíritu santo; no tengas recelo en recibir á tu esposa. José no vaciló un momento y recibió á su esposa.

Creía en Dios, nuestro Santo, y ya hemos visto cuál era su humildad en la presencia del Señor, á quien adoraba como á Dios y honraba como á padre; y este padre le amaba tiernamente y le dirigió en todas sus acciones; y José buscaba en

ese padre la luz de la verdad, la fortaleza, el consuelo y el remedio en todas sus necesidades.

Siempre atento á la voz de su Dios, obedecía sus preceptos, y día y noche meditaba en ellos para cumplirlos con fidelidad. Esta fidelidad, esta obediencia, eran el resultado del trato íntimo y continuo que con Dios tenía, de su altísima oración que no se veía interrumpida en el ejercicio de su santo ministerio, ya que Dios le acompañaba á todas partes, y José jamás le llegaba á olvidar; por esto con toda verdad podemos aplicarle las siguientes palabras que de Noé dijo el Espíritu santo: Halló gracia delante del Señor... fué varón justo y perfecto en sus días, anduvo con Dios (1). ¿Quién como José anduvo con Dios y con su Madre divina? ¿quién sino él fué varón justo y perfecto en toda su vida? Y ciertamente no lo hubiera sido sin la oración que purifica el alma de todos los afectos de la tierra, que la eleva al Empíreo y la transforma en Dios, y atrae de los cielos las bendiciones más preciosas de las misericordias del Eterno.

A este dichosísimo Patriarca le hubiera sido muy difícil, casi imposible, el olvidarse de Dios; le tenía en su misma casa, trataba con El continuamente, y con una confianza tan llena de amor y de ternura, como la que tiene un padre con sus hijos; y no ha existido ni nunca existirá padre alguno tan tierno y amoroso con sus hijos, como lo fué el santísimo Patriarca con el Hijo de Dios. De

(1) Gen., VI, 8, 9.

corazón á corazón el de Jesús y el de José, ¿qué comunicaciones pasarían? Por parte del Hijo de Dios una bondad amabilísima que se derramaba en el corazón de José: Padre mío, así llamaría, una y mil veces, al que era su padre putativo; estoy contigo, mi Padre me ha confiado á tus cuidados: ¿qué haces conmigo, me amas como un padre ama á su hijo más querido? y el corazón de José ¿dejaría de estremecerse de ternura al escuchar las dulcísimas palabras de Jesús, al recibir sus caricias tan llenas de amor y de misericordia? faltaríanle palabras, y la humildad sellaría sus labios, y suspendido en la contemplación más sublime y deliciosa, se sentiría como transformado en el divino Niño, que hallaba sus delicias en conversar con su querido padre.

¡Oh dichosa vida la del gran Patriarca! toda en Dios, y ocupada enteramente en servirle y amarle.

De esta oración tan perfecta y agradable á los ojos divinos, nació la obediencia de José. En la oración había conocido nuestro Santo la grandeza infinita del Eterno y el soberano dominio que tiene sobre sus criaturas, y habían brillado ante sus ojos, con luz purísima y hermosa, las perfecciones del Señor: su sabiduría profunda, su virtud omnipotente, su bondad infinita y su providencia amabilísima que vela sin descanso sobre las criaturas. Contemplaba en la oración nuestro querido Santo, el amor singularísimo que Dios le había tenido desde la misma eternidad, el destino que le había señalado, y todas las gracias con que es-

taba enriquecido. Después de esto, ¿José dejaría de vivir para su Dios, ó dejaría de cumplir con la más elevada perfección cuanto Dios le mandase? Extraño sería en verdad y enteramente inexplicable, que José no fuese perfecto en la obediencia. Esta le tomaba de la mano y le llevaba siempre á donde Dios quería; y no sólo sin dificultad, sino al contrario, corriendo, volando por las sendas que el Señor le designaba, lleno de gozo y bendiciendo sin cesar la santa voluntad de Dios.

Iban los Padres de Jesús todos los años á Jerusalén por la fiesta solemne de la Pascua. Y siendo el Niño ya de doce años cumplidos, habiendo subido á Jerusalén, según solían en aquella solemnidad, acabados aquellos días, cuando ya se volvían, se quedó el Niño Jesús en Jerusalén, sin que sus Padres lo advirtiesen. Antes bien persuadidos de que venía con alguno de su comitiva, anduvieron la jornada entera buscándole entre los parientes y conocidos. Mas como no le hallasen, retornaron á Jerusalén en busca suya. Y al cabo de tres días de haberle perdido, le hallaron en el Templo, sentado en medio de los doctores, á quienes ora escuchaba, ora les preguntaba. Y cuantos le oían quedaban pasmados de su sabiduría y de sus respuestas. Al verle, pues, sus Padres quedaron maravillados; y su Madre le dijo: Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? Mira cómo tu padre y yo llenos de aflicción te hemos andado buscando. Y El les respondió: ¿Cómo es que me buscabais? ¿No sabíais que yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre?

Mas ellos por entonces no comprendieron el sentido de su respuesta. En seguida se fué con ellos, y vino á Nazaret; y les estaba sujeto. Y su Madre conservaba todas estas cosas en su corazón. Jesús entre tanto crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres (1).

¡Profundos y admirables misterios! Nadie hubiera sospechado que el cumplimiento de un precepto religioso, sería el principio de las grandes maravillas que nos acaba de referir el Evangelio.

El Niño Jesús queda en Jerusalén, y sus Padres al regresar á Nazaret, no lo advierten sino al concluir la primera jornada; esto es humanamente inexplicable, no sólo con relación á la Virgen Santísima y á Señor san José, sino respecto de cualesquiera otros padres. Hay, pues, un designio particular de la divina Providencia en el misterio de que tratamos. Quería Dios nuestro Señor enriquecer de nuevas gracias y favores á María y á José, y acerca á sus labios un cáliz muy amargo. ¿Qué dolor podrá compararse con el de María y José, al no tener consigo á su amadísimo Jesús, su tesoro, su Dios, y todo su amor? Durante tres días le buscan sin descanso; y su aflicción y su amargura aumentan sin cesar á cada instante. Exhalarían gemidos de profundísimo dolor, y el llanto inundaría sus ojos. Una y otra vez llamarían á su querido Jesús con expresiones de tiernísimo cariño, del más ardiente y abrasado amor. Mas Jesús no responde..... ¿Qué harán entonces

(1) Luc., II, 41-52.

sus amantes Padres? Adorar la santa voluntad de Dios, y bendecir sus inescrutables y altísimos designios; y si el dolor les oprime, si la amargura ha llenado los santos corazones de María y José, nada de eso llega á turbar la íntima y profunda paz de la virtud de entrambos. Enseñanza, en verdad, muy provechosa para nosotros, que no siempre descubrimos en los padecimientos con que Dios nos aflige, ni la bondad amorosísima del mejor de los padres, ni el deber que tenemos de rendirnos, con la más perfecta sumisión, á las órdenes de su divina Providencia.

Al hallar al Niño Jesús en el Templo, María por sí misma y á nombre de su esposo, le dirige estas palabras: Hijo, ¿por qué lo has hecho así con nosotros? Ved que tu padre y yo te hemos buscado llenos de dolor (1).

Refiriendo á José estas palabras un sabio y castizo escritor de nuestros días, dice lo siguiente: Otra duda asalta aquella delicada conciencia, la de José, al recordar aquella vez que perdió al divino Niño, á la edad de doce años, regresando de Jerusalén á Nazaret. ¿No había habido de su parte negligencia en la guarda del precioso tesoro? ¿No traspasó después los límites de su autoridad paternal, al reconvenir al Niño Jesús por haberle abandonado, sumergiéndolo á él mismo y á su casta Esposa en un mar de angustias, *Fili quid fecisti nobis sic, ecce pater tuus et ego dolentes quaerebamus te?*

(1) Luc., II, 48.

Con el respeto debido al insigne literato á quien tales conceptos pertenecen, tenemos que decir que no los aceptamos.

Aun prescindiendo de la santidad sublime y perfecta de José, basta reflexionar que tales palabras salieron de los purísimos labios de María, para no ver en ellas sino perfección y gracia; y en las mismas no llega á descubrirse la reconvención que se nos dice; contienen una pregunta y nada más; y esta pregunta no es sino el humilde y amoroso reclamo del más sagrado y perfecto de todos los amores; y el recuerdo de semejante reclamo no puede suscitar duda ninguna, ni sumergir el alma en un mar de angustias, sino en otro de consuelos y delicias celestiales.

Si María y José hubiesen quedado sin decir una palabra al hallar al divino Jesús, habrían dado á sospechar que, ó no conocían el precioso tesoro que les había confiado el Padre celestial, ó no lo estimaban cuanto era debido.

Si no hubiesen hablado en tales circunstancias los Padres de Jesús, el Niño divino habría dicho á la una y al otro: *Sonet vox tua in auribus meis: vox enim tua dulcis* (1).

José había recibido el espíritu de Dios para conocer los dones que había recibido del Señor (2); y entre éstos se contaba la fidelidad en el cumplimiento de su santo ministerio. No hay, pues, lugar para la duda que pudiera angustiar la purísi-

(1) Cant., II, 14.

(2) I Cor., II, 12.

ma conciencia de José: ¿No había habido de su parte negligencia en la guarda del precioso tesoro? No la había habido, y José lo sabía perfectamente; y así también sabía que con las palabras que pronunció su inmaculada Esposa, no había traspasado los límites de su autoridad paternal; palabras que eran el desbordamiento del amor que tenían al Niño divino María y José; y ese desbordamiento, esas palabras, entraban en el santo corazón del Niño Dios, como un río de paz y de delicias. Era amado de sus santos Padres; así se lo decían las dulces expresiones que acababa de oír, y que lejos de ser para José motivos de inquietud, lo eran del más hermoso y celestial consuelo.

El Niño Jesús bajó á Nazaret y estaba sujeto á José y á María. Si nos es incomprendible la humildad del Hijo de Dios que vive sujeto á las órdenes de sus santos Padres, lo son igualmente los sentimientos que llenaban los corazones de María y José al tener á sus órdenes al Unigénito del Padre hecho hombre. ¿Dejarían de humillarse, hasta el abismo de su propia nada? Era, por lo mismo, la casa de Nazaret, la mansión donde reinaba en toda su grandeza, la humildad. El Hijo de Dios la enseñaba con su ejemplo, y sus santos Padres aprendían y practicaban con fidelidad y exactitud, aquella divina enseñanza.

¡Oh José santísimo que tanto aprendisteis de Jesús y de María! sed nuestro Maestro; enseñadnos las grandes virtudes que practicasteis siguiendo los ejemplos del Hijo de Dios y de su santa Ma-

dre: la humildad, la obediencia y la oración. Alejad de nosotros el espíritu de soberbia; haced que siempre cumplamos la voluntad de Dios, y obtenednos del Padre celestial los preciosos dones del recogimiento y de la oración.



CAPÍTULO IX

El taller de Señor san José.

I

ENTREMOS en el taller de José, donde hallaremos á nuestro amadísimo Jesús trabajando en compañía de su Padre putativo. Mucho tendremos que aprender. Trataremos en este capítulo del trabajo al que todos tenemos que dedicarnos y que es preciso animar del espíritu cristiano, si queremos que nos sea de provecho no solamente para los intereses de la vida presente, sino también para los de la vida eterna.

Todo trabajo nos indica ó una molestia, ó un esfuerzo, ó una dificultad que tiene que superarse, ó todo esto á la vez; y el trabajo está impuesto á todos los hombres: Comerás el pan con el sudor de tu rostro.

En la necesidad del trabajo descubrimos el castigo de un crimen primitivo, de la prevaricación de nuestros primeros padres. Adán, después de ha-